

La Espada de Dios



Vincent Cheung

La Espada de Dios

Es la traducción del segundo capítulo de

Systematic Theology

de Vincent Cheung

Copyright © 2001, 2003 por Vincent Cheung. Todos los derechos reservados.
Publicado originalmente por Reformation Ministries International
PO Box 15662, Boston, MA 02215, USA

Traducción: Marcelo A. Sánchez Ávila
<http://reformadoreformandome.wordpress.com>

CONTENIDO

PREFACIO	4
LA NATURALEZA DE LA ESCRITURA	5
LA INSPIRACIÓN DE LA ESCRITURA.....	8
LA UNIDAD DE LA ESCRITURA	10
LA INFALIBILIDAD DE LA ESCRITURA	13
LA AUTORIDAD DE LA ESCRITURA	15
LA NECESIDAD DE LA ESCRITURA	16
LA CLARIDAD DE LA ESCRITURA	17
LA SUFICIENCIA DE LA ESCRITURA.....	19

PREFACIO

El 17 de octubre de 2007 subimos el primer artículo al blog, desde ese momento nos propusimos entregar a nuestros lectores textos basados en la reflexión bíblica reformada, pues sólo en la Palabra de Dios podemos encontrar la verdad. Verdad que nos enseña el camino de la salvación, verdad que nos lleva a reconocer nuestro pecado, verdad que nos enseña la buena senda por la que debemos caminar, verdad que puede hacernos “sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Tim. 3. 15).

Los artículos relacionados con la Biblia han ocupado un gran lugar en la base de datos del blog. La primera serie que pusimos en el blog, llamada “La Escritura,” es lo que usted está leyendo ahora. Este pequeño libro consiste en la traducción del segundo capítulo de la “Teología Sistemática” de Vincent Cheung. Elegimos este autor por su apego a las Escrituras y la coherencia de su calvinismo, pensamos que su Teología Sistemática debe ser leída y disfrutada por los cristianos reformados de habla hispana. También agradecemos su gentil autorización para poder distribuir gratuitamente este E-book.

Hebreos 4:12 nos enseña que “la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos.” Este texto ha sido el que nos llevó a titular este libro como “La Espada de Dios,” espada que debemos conocer cada día más. Sólo así podremos llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo (2 Cor. 10:5).

Agradecemos a Dios porque durante este año Él nos ha estado usando como sus herramientas para difundir su Palabra por medio de nuestro blog.

Marcelo Sánchez

LA NATURALEZA DE LA ESCRITURA

Debemos enfatizar la naturaleza verbal o proposicional de la revelación bíblica. En una época en que muchos menosprecian el valor de palabras, en pro de imágenes y sentimientos, debemos notar que Dios escogió revelarse a través de las palabras del lenguaje humano. La comunicación verbal es un medio adecuado de transmitir información de y sobre Dios. Esto no solamente afirma el valor de la Escritura como una revelación divina significativa, sino también el valor de la predicación y del texto como medios para comunicar la mente divina, como es presentada en la Biblia.

La propia naturaleza de la Biblia como una revelación proposicional, testifica contra las nociones populares de que el lenguaje humano es inadecuado para hablar sobre Dios, que las imágenes son superiores a las palabras, que la música tiene valor mayor que el de la predicación, o que las experiencias religiosas pueden enseñar más a una persona, sobre las cosas divinas, que los estudios doctrinales.

Algunos argumentan que la Biblia habla en un lenguaje que produce vívidas imágenes en la mente del lector. Con todo, esta es solamente una descripción de la reacción de algunos lectores; otros pueden no responder del mismo modo a los mismos pasajes, aunque ellos puedan captar la misma información de ellos. Así, eso no cuenta contra el uso de palabras como la mejor forma de comunicación teológica.

Si las imágenes son superiores, entonces, ¿por qué la Biblia no contiene ningún dibujo? ¿No sería su inclusión la mejor manera de asegurarse que nadie formase imágenes mentales erróneas, si ellas son de veras un elemento esencial en la comunicación teológica? Aún si las imágenes fuesen importantes en la comunicación teológica, el hecho de que Dios escogió usar palabras-imágenes en vez de dibujos reales, implica que las palabras son suficientes, si no superiores. Más allá de palabras-imágenes, la Escritura también usa palabras para discutir las cosas de Dios en términos abstractos, no asociados con cualquier imagen.

Una figura no vale más que mil palabras. Suponga que presentemos un dibujo de la crucifixión de Cristo a una persona que no tenga ningún trasfondo cristiano. Sin ninguna explicación verbal, sería imposible para ella constatar la razón de su crucifixión y el significado de ella para la humanidad. La imagen en sí misma no muestra ninguna relación entre el evento y cualquier cosa espiritual o divina. Ella no muestra si el evento fue histórico o ficticio. La persona, al mirar un dibujo, no tendría como conocer las palabras que Él dijo cuando estaba en la cruz. A menos que haya centenas de palabras explicando la figura, la imagen, por sí sola, no tiene ningún significado teológico. Sin embargo, una vez que haya muchas palabras para explicarla, alguien difícilmente necesitaría de la imagen.

El punto de vista que exalta la música por encima de la comunicación verbal sufre la misma crítica. Es imposible derivar cualquier significado religioso de la música, si ella es ejecutada sin palabras. Es verdad que el Libro de Salmos consiste de una gran colección de cánticos, proveyéndonos de una rica herencia para la adoración, reflexión y doctrina. Aún así, las melodías originales no acompañan las palabras de los salmos, ninguna nota musical acompaña a ninguno de los cánticos en la Biblia. En la mente de Dios, el valor de los salmos bíblicos está en las palabras, y no en las melodías. Aunque la música desempeñe un papel en la adoración cristiana, su importancia no se aproxima a la de las palabras de la escritura o del ministerio de la predicación.

Con respecto a las experiencias religiosas, incluso tener una visión de Cristo no tiene mayor valía que mil palabras de la Escritura. No se puede probar la validez de una experiencia religiosa, sea una cura milagrosa o una visitación angelical, sin el conocimiento de la Escritura. Los encuentros sobrenaturales más espectaculares son vacíos de significado sin la comunicación verbal que informe a la mente.

Todo el episodio de Éxodo no podría haber ocurrido si Dios hubiese permanecido en silencio cuando se apareció a Moisés en medio de la zarza ardiente. Cuando Jesús apareció en un resplandor de luz, en la entrada de Damasco, lo que habría acontecido si Él se hubiese rehusado a responder cuando Saulo de Tarso le preguntó: “¿Quién eres, Señor?” La única razón por la cual Saulo percibió que estaba hablando con Él, porque Jesús respondió con las palabras: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Hechos 9.3-6). Las experiencias religiosas sin significado, a menos que sean acompañadas por la comunicación verbal, transmitiendo contenido intelectual.

Otra percepción errónea con respecto a la naturaleza de la Biblia es considerar la Escritura como un mero registro de discursos y eventos reveladores y no la revelación de Dios en sí misma. La persona de Cristo, sus acciones y sus milagros revelaban la mente de Dios, pero es un engaño pensar que la Biblia es meramente un relato escrito de ellos. Las mismas palabras de la Biblia constituyen la revelación de Dios para nosotros y no solamente los eventos a los cuales ellas se refieren.

Algunos temen que una fuerte devoción a la Escritura implica estimar más el registro de un evento revelador que al evento mismo. Pero, si la Escritura posee el status de revelación divina, entonces tal preocupación no tiene fundamento. Pablo explica que “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3.16). La propia Escritura fue inspirada por Dios. Aunque los eventos que la Biblia registra puedan ser reveladores, la única revelación objetiva con la cual tenemos contacto directo es la Biblia.

Visto que la elevada opinión de la Escritura que abogamos aquí es solamente la que la misma Biblia afirma, los cristianos deben rechazar toda doctrina que se presente como siendo de la Escritura que comprometa nuestro acceso a la revelación infalible de Dios. Sustentar una opinión inferior sobre la Escritura destruye la revelación como la autoridad última de alguien, y, entonces, es imposible superar el problema epistemológico resultante.

Cuando una persona niega que la Escritura sea la revelación divina en sí misma, ella permanece como “solo un libro”, y esa persona duda en darle reverencia completa, como si fuera posible adorarla excesivamente. Hay supuestos ministros cristianos que presionan a los creyentes a oír al “Señor del libro y no al libro del Señor”. Mas, visto que las palabras de la Escritura fueron inspiradas por Dios, y aquellas son la única revelación objetiva y explícita de Dios, es imposible oír a Dios sin oír su libro. Visto que las palabras de la Escritura son las palabras divinas, alguien estará escuchando al Señor solamente cuando esté escuchando las palabras de la Biblia. Nuestro contacto con Dios es a través de las palabras de la Escritura. Proverbios 22.17-21 indica que confiar en el Señor es confiar en sus palabras:

Inclina tu oído y oye las palabras de los sabios, Y aplica tu corazón a mi sabiduría; Porque es cosa deliciosa, si las guardares dentro de ti; Si juntamente se afirmaren sobre tus labios. Para que tu confianza sea en Jehová, Te las he hecho saber hoy a ti también. ¿No te he escrito tres veces En consejos y en ciencia, Para hacerte saber la certidumbre de las palabras de verdad, A fin de que vuelvas a llevar palabras de verdad a los que te enviaron?

Dios gobierna su iglesia a través de la Biblia; por lo tanto, nuestra actitud para con ella refleja nuestra actitud para con Él. Nadie que ama a Dios no amará sus palabras de la misma forma. Aquellos que dicen amarlo deben demostrar eso por una obsesión celosa para con sus palabras:

¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación...¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca. (Salmo 119:97,103)

El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; Los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; Y dulces más que miel, y que la que destila del panal. (Salmo 19:9-10)

Una persona ama a Dios solamente hasta donde ame la Escritura. Puede haber otras indicaciones de el amor de alguien para con Dios, más el amor por su palabra es un elemento necesario, por el cual todos los otros aspectos de nuestra vida espiritual son medidos.

LA INSPIRACIÓN DE LA ESCRITURA

La Biblia es la revelación verbal o proposicional de Dios. Es Dios hablándonos. Es la voz de Dios mismo. La naturaleza misma de la Biblia indica que la comunicación verbal es la mejor manera de transmitir la revelación divina. Ningún otro modo de conocer a Dios es superior al estudio de la Escritura, ninguna otra fuente de información sobre Dios es más precisa, cuidadosa y completa.

El apóstol Pablo dice:

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, 17 a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (2 Timoteo 3:16-17).

Todas las palabras de la Biblia fueron inspiradas por Dios. Todo lo que podemos llamar Escritura fue inspirado por Dios. Que la Escritura es “soplada por Dios” se refiere a su origen divino. Toda la Escritura procede de Dios; por lo tanto, podemos correctamente llamar a la Biblia como “la palabra de Dios”. Esta es la doctrina de la INSPIRACIÓN DIVINA.

El contenido de la Escritura consiste de todo el Antiguo y Nuevo Testamento, sesenta y seis documentos en total, funcionando como un todo orgánico. El apóstol Pedro da apoyo explícito a los escritos de Pablo, reconociendo su status de Escritura inspirada:

Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, 16 casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición (2 Pedro 3:15-16).

Pedro explica que los hombres que escribieron la Escritura fueron “inspirados por el Espíritu Santo”, para que ninguna parte de ella fuera “traída por voluntad humana” o por la “interpretación privada” del profeta (2 Pedro 1:20-21).

La Biblia es una revelación verbal exacta de Dios, a tal punto que Jesús dijo “Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18). Dios ejerció tal control sobre la producción de la Escritura que su contenido, en las mismas letras, es que Él deseaba poner escrito.

Esa elevada opinión de la inspiración escriturística no supone dictado. Dios no dictó su palabra a los profetas y apóstoles como un patrón dicta sus cartas a una secretaria. Al principio, alguien puede tender a pensar que el dictado sería la mas alta forma de inspiración, mas no lo es. Un patrón puede dictar sus palabras a la secretaria, pero él no puede tener control sobre los detalles diarios de su vida – sea en el pasado, presente o futuro – y tiene aun menos poder sobre sus pensamientos.

En contraste, la Biblia enseña que Dios ejerce control total y preciso sobre cada detalle de su creación, a tal punto que hasta los pensamientos de los hombres están bajo su control.

Eso es verdad con respecto a todo individuo, incluyendo los escritores bíblicos. Dios de una u otra forma ordenó, dirigió y controló las vidas y pensamientos de sus instrumentos escogidos que, cuando el tiempo llegó, sus personalidades y sus escenarios eran perfectamente adecuados para escribir aquellas porciones de la Escritura que Dios había designado para ellos:

Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová? 12 Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar (Éxodo 4:11-12).

Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: 5 Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones... 9 Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca (Jeremías 1:4-5,9).

Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; 12 pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo... 15 Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, 16 revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre (Gálatas 1:11-12, 15-16).

Entonces, cuando llegó el tiempo de escribir, el Espíritu de Dios supervisó el proceso para que el contenido de la Escritura fuese más allá de la inteligencia natural de los escritores pudiese concebir. El producto fue la revelación verbal de Dios, y ella fue literalmente lo que Él deseaba poner por escrito. Dios no encontró las personas correctas para escribir la Escritura; Él hizo a las personas correctas para escribirla, y entonces, supervisó el proceso de la escritura.

Por lo tanto, la inspiración de la Escritura no se refiere solamente a los tiempos en que el Espíritu Santo ejerció control especial sobre los escritores bíblicos, aunque esto haya acontecido realmente, más la preparación comenzó antes de la creación del mundo. La teoría del dictado, la que la Biblia no enseña, es, en comparación, una opinión inferior con respecto a la de la inspiración, atribuyendo a Dios un control menor sobre el proceso.

Ese punto de vista acerca de la inspiración explica el supuesto “elemento humano” evidente en la Escritura. Los documentos bíblicos reflejan varios escenarios sociales, económicos e intelectuales de los autores, sus diferentes posibilidades, y sus vocabularios y estilos literarios singulares. Este fenómeno es lo que se podría esperar, dado el punto de vista bíblico sobre la inspiración, en el cual Dios ejerció control total sobre la vida de los escritores y no sólo en el proceso de la escritura. El “elemento humano” de la Escritura, por lo tanto, no perjudica la doctrina de la inspiración sino es consistente con ella y, por ella misma, explicado.

LA UNIDAD DE LA ESCRITURA

La inspiración de la Escritura implica la unidad de la Escritura. Debido a que las palabras de la Escritura procedan de una única mente divina implica que la Biblia debe exhibir una coherencia perfecta. Es esto lo que encontramos en la Biblia. Aunque las distintas personalidades de los escritores bíblicos es evidente, el contenido de toda la Biblia exhibe una unidad y diseño que muestra a un único autor divino. La consistencia interna caracteriza a los documentos escriturales, de tal forma que una parte no contradice a alguna otra.

Jesús asume la coherencia de la Escritura cuando Él responde a la tentación de Satanás de esta forma:

Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, En sus manos te sostendrán, Para que no tropieces con tu pie en piedra. Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios. (Mateo 4:5-7)

Satanás desafía a Jesús para que salte del templo citando Salmos 91:11-12. Jesús contesta con Deuteronomio 6:16, implicando que el uso que Satanás hace del pasaje contradice la instrucción de Deuteronomio, y por lo tanto es una mala aplicación. Cuando uno entiende o aplica un pasaje de la Escritura de manera que contradice a otro pasaje, uno está usando mal el texto. El argumento de Cristo asume la unidad de la Escritura, ni el maligno puede contestar a ello.

En otra ocasión, cuando Jesús trataba con los Fariseos, su desafío a ellos asume la unidad de la Escritura y la ley de no contradicción:

On another occasion, as Jesus deals with the Pharisees, his challenge to them assumes the unity of Scripture and the law of noncontradiction:

Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más. (Mateo 22:41-46)

Ya que David estaba “hablando en el Espíritu”, él no podía haber errado. ¿Pero si Cristo debía ser un descendiente de David, cómo podía ser su Señor al mismo tiempo? Que eso haya sido un problema significa, en primer lugar, que tanto Jesús como su audiencia asumían la unidad de la Escritura y la ley de no contradicción. Si ellos creyeran que la Escritura se contradice a sí misma, o que uno puede afirmar dos proposiciones contradictorias, entonces Jesús no podría diciendo nada importante. La respuesta aquí es que el Mesías debe ser tanto divino como humano, y por lo tanto “Señor” como “hijo” de David.

Pero es popular instar a la tolerancia hacia las contradicciones en teología. Alister McGrath escribe en su *Understanding Doctrine*:

El hecho que algo es paradójico e incluso auto contradictorio no lo invalida... Aquellos de nosotros que hemos trabajado en el campo científico estamos muy conscientes de la completa complejidad y del

carácter misterioso de la realidad. Los objetos que subyacen a la teoría cuántica, las dificultades para usar modelos en la explicación científica – por nombrar dos factores que puedo recordar particularmente claro de mi periodo de mi periodo como científico natural – nos muestran la inevitabilidad de las paradojas y contradicciones en todo, excepto cuando el compromiso con la realidad es más superficial...¹

Eso es un sin sentido. Admitiendo que McGrath conoce la suficientemente bien la ciencia como para hablar del asunto², este es un testimonio contra la ciencia, y no un argumento para tolerar contradicciones en teología. Él asume la confiabilidad de la ciencia y juzga las demás disciplinas de acuerdo a ella. Parafraseándolo, si hay contradicciones en la ciencia, entonces las contradicciones deben ser aceptadas, y uno debe tolerarlas incluso cuando estas vienen de la reflexión teológica.

Sin embargo, una razón para rechazar la confiabilidad de la ciencia es precisamente que a menudo ella se contradice a sí misma. La ciencia es una disciplina pragmática, útil para manipular lo natural y hacer avances tecnológicos, pero ella no puede descubrir nada acerca de la realidad. El conocimiento de la realidad sólo viene desde una deducción válida de la revelación bíblica y nunca de métodos científicos o empíricos³. McGrath no nos da argumentos para ignorar o tolerar las contradicciones en la ciencia, él sólo asume la confiabilidad de la ciencia a pesar de las contradicciones. Pero no da justificación para hacer esto.

¿Qué hace que la ciencia sea el estándar último por el cual debemos juzgar cualquier otra disciplina? ¿Qué le da a la ciencia el derecho de hacer las reglas para cualquier otro campo de estudio? McGrath dice que la ciencia “muestra la inevitabilidad de las paradojas y contradicciones en todo, excepto cuando el compromiso con la realidad es más superficial.” Pero la ciencia no es teología. Más allá de “el compromiso más superficial con la realidad” – aunque yo niego la confiabilidad de la ciencia incluso en ese nivel – la ciencia genera contradicciones y se desmorona, pero esto no significa que la teología sufra del mismo destino.

La teología trata con Dios, quien tiene el derecho y el poder de gobernar todas las vidas y pensamientos. Dios conocer la naturaleza de la realidad y nos comunica esto a través de la Biblia. Entonces, es la teología quien hace las reglas para la ciencia, y un sistema bíblico de teología no contiene paradojas ni contradicciones.

Cualquier proposición que afirme una cosa necesariamente también niega su apuesto. Afirmar X es negar no-X, afirmar no-X es negar X. Para hacerlo simple, asumamos que el apuesto de X es Y, entonces $Y = \text{no-X}$. Entonces afirmar X es negar Y, y afirmar Y es negar X. O, $X = \text{no-Y}$, e $Y = \text{no-X}$. Ya que afirmar una proposición es, al mismo tiempo, negar su opuesto, afirmar X e Y al mismo tiempo es equivalente a afirmar no-Y y no-X. Afirmar dos proposiciones contradictorias es en realidad negar ambas. Pero afirmar tanto no-Y como no-X es también afirmar X e Y, lo que nuevamente significa negar Y y X. A así todas las operaciones se transforman en sin sentido. Es imposible afirmar dos proposiciones contradictorias al mismo tiempo.

Afirmar la proposición “Adán es un hombre” (X), es al mismo tiempo negar la proposición contradictoria “Adán no es un hombre” (Y, o no-X). De igual manera, afirmar la proposición “Adán no es un hombre”

¹ Alister McGrath, *Understanding Doctrine*; Grand Rapids, Michigan: Zondervan Publishing House, 1990; p. 138.

² Él hizo su doctorado en el campo de la biofísica molecular.

³ Vea Vincent Cheung, *Ultimate Questions*.

(Y), es negar la proposición contradictoria “Adán es un hombre” (X). Ahora, afirmar “Adán es un hombre” (X) y “Adán no es un hombre” (Y) no hace más que negar ambas proposiciones en orden inversa. Es decir, es equivalente a negar “Adán no es un hombre” (Y) y “Adán es un hombre” (X). Pero esto vuelve a afirmar las dos proposiciones en orden inverso nuevamente. Cuando afirmamos ambas, negamos ambas; cuando negamos ambas, afirmamos ambas. Afirmar dos proposiciones contradictorias genera un significado no inteligible. Es decir nada.

Asumir que la soberanía divina y la libertad humana son contradictorias. Algunos teólogos, afirmando que la Biblia enseña ambas, instan a sus lectores a afirmarlas. Sin embargo, afirmar la soberanía divina es negar la libertad humana, y afirmar la libertad humana es negar la soberanía divina, afirmar ambas sólo es rechazar tanto la soberanía divina (al afirmar de la libertad humana) como la libertad humana (al afirmar la soberanía divina). En este ejemplo, ya que la Biblia afirma la soberanía divina y niega la libertad humana, no hay contradicción – ni siquiera una aparente.

Por otra parte, cuando lo incrédulos alegan que la encarnación de Cristo carga una contradicción, lo que es el contexto del anterior pasaje de McGrath, los cristianos no tienen la opción de negar la deidad ni la humanidad de Cristo. Sino que él debe articular y clarificar la doctrina como la Biblia la enseña y mostrar que no hay contradicción. Lo mismo se aplica para la doctrina de la Trinidad.

Es inútil decir que esas doctrinas están en perfecta armonía en la mente de Dios, y que sólo son contradicciones en la mente humana. Mientras ellas sean contradicciones, sea sólo en apariencia o no, no podemos afirmar ambas. ¿Cómo podemos distinguir entre una contradicción real y una aparente? Si debemos tolerar contradicciones aparentes entonces debemos tolerar toda contradicción. Ya que sin saber la resolución, una contradicción aparente parece ser lo mismo que una real, saber que una “contradicción” sólo lo es en apariencia significa que aún nadie la resuelve, y ahí el término ya no se aplica.

Los científicos y los incrédulos pueden revolcarse en sus contradicciones, pero los cristianos no deben tolerarlas. Lejos de abandonar la unidad de la Escritura o la ley de no contradicción como “defensa” contra aquellos que acusan a las doctrinas bíblicas de ser contradictorias, debemos afirmar y demostrar la coherencia de esas doctrinas. Por otro lado, los cristianos deben exponer las incoherencias de las creencias no cristianas y desafiar a sus adherentes para que las abandonen.

LA INFALIBILIDAD DE LA ESCRITURA

La infalibilidad bíblica acompaña necesariamente a la inspiración y a la unidad de la Escritura. La Biblia no contiene error alguno; ella está correcta en todo lo que declara. Ya que Dios no miente ni se equivoca y que la Biblia es su Palabra se sigue que todo lo que en ella está escrito tiene que ser verdad. Jesús dijo, “y la Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10.35) y que “más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustre una tilde de la ley” (Lucas 16.17).

LA INFALIBILIDAD de la Escritura se refiere a una incapacidad para errar – la Biblia no puede errar. INERRANCIA, por otro lado, enfatiza que la Biblia no se equivoca. La primera hace alusión al potencial, mientras que la última se dirige al estado real de las cosas. Estrictamente hablando, infalibilidad es la Palabra más fuerte, ella acarrea necesariamente la inerrancia, sin embargo, a veces son intercambiables en el uso.

Es posible que alguien sea falible pero que produzca un texto que sea libre de error. Las personas que son capaces de cometer engaños, a pesar de todo, no se equivocan constantemente. Hay aquellos que rechazan la doctrina de la inerrancia pero al mismo tiempo desean afirmar la perfección de Dios y de la Biblia como su palabra, y como resultado, mantienen la imposible posición de que la Biblia es de veras infalible pero con errores. A veces, lo que ellos quieren decir es que la Biblia es infalible en un sentido, tal vez en lo que se relaciona a las cosas espirituales, mientras que contiene errores en otro sentido, tal vez en lo que toca a los acontecimientos históricos.

Las afirmaciones bíblicas sobre las cosas espirituales están inseparablemente unidas a las declaraciones bíblicas sobre la historia, de forma que es imposible afirmar una mientras rechaza a la otra. Por ejemplo nadie puede separar lo que la Escritura dice sobre la resurrección como un evento histórico y lo que ella dice sobre su significado espiritual. Si la resurrección no aconteció como dice la Biblia lo que ella dice sobre su significado espiritual no puede ser verdad.

El desafío para aquellos que rechazan la infalibilidad y la inerrancia bíblica es que ellos no tienen ningún principio epistemológico autorizado por el cual puedan juzgar una parte de la Escritura como cierta y la otra no. Ya que la Escritura es la única fuente objetiva de información a partir de la cual todo el sistema cristiano es construido, alguien que considere cualquier porción o aspecto de la Escritura como falible o con errores debe rechazar todo el cristianismo. Nuevamente, ese es el por qué cuando no hay un principio epistemológico más alto para juzgar una parte de la Escritura como cierta y otra como errada.

No se puede cuestionar o rechazar la autoridad última de un sistema de pensamiento y al mismo tiempo alegar lealtad a él, ya que la autoridad última en cualquier sistema define el sistema entero. Una vez que una persona cuestiona o rechaza la autoridad última de un sistema, él no es más un adepto de él, por el contrario, es alguien que adhiere al principio o autoridad por el cual él cuestiona o rechaza la autoridad última del sistema al cual acaba de dejar atrás. Tener otra autoridad que no sea la Biblia es rechazarla, ya que la propia Escritura reivindica su infalibilidad y supremacía. Alguien que rechaza la infalibilidad y la inerrancia bíblica asume la posición intelectual de un incrédulo y debe proseguir para defender y justificar su cosmovisión personal contra los argumentos de los creyentes a favor de la veracidad de la fe cristiana.

La confusión influye en el estado psicológico que prevalece en el medio teológico de hoy; luego, es mejor afirmar tanto la infalibilidad como la inerrancia bíblica y explicar lo que queremos decir con esos términos. Dios es infalible y, ya que la Biblia es su Palabra, ella no puede contener ningún error. Nosotros afirmamos que la Biblia es infalible en todo el sentido del término y, por lo tanto, ella también debe ser inerrante en todo el sentido del término. La Biblia no puede y no contiene errores, sea hablando de cosas espirituales, históricas o de cualquier otro tipo. Ella es correcta en todo lo que afirma.

LA AUTORIDAD DE LA ESCRITURA

Necesitamos determinar la extensión de la autoridad de la Biblia, para verificar el nivel de control que ella debe tener sobre nuestras vidas. La inspiración, unidad e infalibilidad de la Escritura implican que ella posee autoridad absoluta. Ya que la Escritura es la propia palabra de Dios, o Él hablando, la conclusión necesaria es que ella porta la autoridad de Dios. Por consiguiente, la autoridad de la Escritura es idéntica a la autoridad divina.

Los escritores bíblicos a veces se refieren a Dios y a la Escritura como si los dos fuesen intercambiables. Como Warfield escribe: “Dios y las Escrituras son traídos en tal conjunción con el objetivo de mostrar que en la cuestión de autoridad, ninguna distinción fue hecha entre ellos”.

“Pero Jehová había dicho a Abraham: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.” (Génesis 12:1-3).

“Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones.” (Gálatas 3.8).

“Entonces Jehová dijo a Moisés: Levántate de mañana, y ponte delante de Faraón, y dile: Jehová, el Dios de los hebreos, dice así: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva. Porque yo enviaré esta vez todas mis plagas a tu corazón, sobre tus siervos y sobre tu pueblo, para que entiendas que no hay otro como yo en toda la tierra. Porque ahora yo extenderé mi mano para herirte a ti y a tu pueblo de plaga, y serás quitado de la tierra. Y a la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra.” (Éxodo 9:13-16).

“Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.” (Romanos 9:17).

El pasaje de Génesis dice que fue “el Señor” quien habló a Abraham, Gálatas dice “la Escritura, previendo... [la Escritura] diciendo...”. El pasaje de Éxodo declara que fue “el Señor” quien dijo a Moisés que decir a Faraón pero Romanos dice “Escritura dice a Faraón...”.

Ya que Dios posee autoridad absoluta y última, la Biblia siempre tiene autoridad absoluta y última. Como no hay diferencia alguna entre Dios hablando y la Biblia hablando, no hay diferencia alguna entre obedecer a Dios y obedecer a la Biblia. Creer y obedecer a la Biblia es creer y obedecer a Dios: no creer y no obedecer a la Biblia es no creer y no obedecer a Dios. La Biblia no es sólo un instrumento a través del cual Dios nos habla; antes, las palabras de la Biblia son las propias palabras de Dios hablando – no hay diferencia. La Biblia es la voz divina para la humanidad y su autoridad es total.

LA NECESIDAD DE LA ESCRITURA

La Biblia es necesaria para la información precisa y autorizada sobre las cosas de Dios. Ya que la teología es central para todo en la vida y en el pensamiento, la Escritura es necesaria como un fundamento para todo en la civilización humana. Aquellos que rechazan la autoridad bíblica, aún, continúan adoptando las presuposiciones cristianas para gobernar su vida y pensamientos, aunque ellos nieguen hacer eso. Una tarea del apologeta cristiano es exponer la suposición implícita del incrédulo de las premisas bíblicas, a despecho de su explícito rechazo de ellas. Sin embargo, a medida que cualquier cosmovisión consistente excluya las premisas bíblicas, ella degenera en escepticismo y barbarismo.

La infalibilidad bíblica es el único principio justificable del cual alguien puede deducir información sobre asuntos últimos, tales como la metafísica, epistemología y ética. El conocimiento perteneciente a categorías subsidiarias, tales como la política y matemática, es también limitado por las proposiciones deducibles de la revelación bíblica. Sin la infalibilidad bíblica como punto de partida del pensamiento de alguien, el conocimiento no es posible, en hipótesis alguna; cualquier otro principio no se consigue justificar a sí mismo y, así, un sistema que depende de él no puede ni siquiera comenzar. Por ejemplo, sin una revelación verbal de Dios, no hay razón universal y autorizada para prohibir el asesinato y el robo. La Biblia es necesaria para todas las proposiciones significativas.

La Escritura es necesaria para definir todo concepto y actividad cristiana. Ella gobierna cada aspecto de la vida espiritual, incluyendo la predicación, oración, adoración e instrucción. La Escritura es también necesaria para que la salvación sea posible, ya que la información necesaria para eso está revelada en la Biblia, y ella debe ser llevada al individuo, para por ella recibir salvación. Pablo escribe “las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15).

Una sección anterior de este libro dice que todos los hombres saben que el Dios cristiano existe, y que Él es el único Dios. Los hombres nacen con ese conocimiento. Aunque eso sea suficiente para que la incredulidad sea culpable, es insuficiente para la salvación. Se adquiere conocimiento sobre la obra de Cristo directamente de la Escritura, o indirectamente, mediante la predicación u otro escrito.

Por lo tanto, la Escritura es necesaria para el conocimiento que conduce a la salvación, las instrucciones que llevan al crecimiento espiritual, las respuestas a las preguntas últimas, y cualquier conocimiento sobre la realidad. Ella es la pre-condición necesaria para todo el conocimiento.

LA CLARIDAD DE LA ESCRITURA

Hay dos extremos, con respecto a la claridad de la Escritura, que los cristianos deben evitar. Uno, es sustentar que el significado de la Escritura es totalmente oscuro a la persona común – que solamente una elite y un grupo de individuos escogidos pueden interpretarla. Otro, es la opinión que alega que la Escritura es tan clara que no hay parte alguna de ella que sea difícil de ser entendida, y que ningún entrenamiento en hermenéutica es necesario para manejar el texto. Por extensión, la interpretación de un teólogo maduro no es mas confiable que la opinión de una persona sin preparación.

La primera posición aísla el uso de la Escritura del pueblo en general, impide que cualquier pueda impugnar el entendimiento bíblico de profesionales establecidos, aun cuando ellos estén equivocados.

La segunda también es peligrosa. La Biblia no es tan fácil de comprender, no todas las personas pueden interpretarla con igual competencia. Incluso el apóstol Pedro, cuando se refiere a los escritos de Pablo, dice “entre las cuales hay algunas difíciles de entender.” El advierte que “los indoctos e inconstantes tuercen” el significado de las palabras de Pablo, “como también tuercen el resto de las Escrituras - para su propia perdición.” (2 Pedro 3.16)

A muchos les gustaría juzgarse a sí mismos competentes en asuntos importantes tales como teología y hermenéutica pero, en vez de orar por sabiduría y estudiar las Escrituras, suponen ser tan capaces como los teólogos y sus propios pastores. Ese modo de pensar es una invitación al desastre y a la confusión. Diligencia, entrenamiento y capacitación divina, todo eso contribuye para la capacidad que alguien pueda tener para interpretar y aplicar la Biblia.

Aunque muchos pasajes en la Biblia sean fáciles de entender, algunos de ellos requieren diligencia extra y sabiduría especial para ser interpretados acuciosamente. Es posible para una persona leer la Escritura y adquirir de ella entendimiento y conocimiento suficientes para su salvación, pero algunas veces algunos pueden necesitar de un creyente instruido para eso:

“Acudiendo Felipe, le oyó que leía al profeta Isaías, y dijo: Pero ¿entiendes lo que lees? 31 Él dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare? Y rogó a Felipe que subiese y se sentara con él.” (Hechos 8:30-31).

Es posible también aprender los dogmas básicos de la fe cristiana, simplemente leyendo la Biblia. Mas hay pasajes allí que son, en diferentes grados, difíciles de entender. En esos casos, alguien puede solicitar la ayuda de ministros y teólogos para que los explique, de forma de evitar la distorsión de la Palabra de Dios.

Nehemías 8.8 afirma el lugar del ministerio de la predicación: “Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura”. Con todo, la autoridad final reposa en las palabras de la misma Escritura, y no en la interpretación de los eruditos. Ella nunca está errada, aunque nuestro entendimiento puede estar, algunas veces, equivocado. Este es el motivo por el cual toda iglesia debería preparar a sus miembros en la teología, en la hermenéutica y en la lógica, de forma que ellos puedan “manosear” mejor la palabra de verdad.

Por lo tanto, aunque la doctrina de la Escritura conceda a cada persona el derecho de leer e interpretar la Biblia, ella no elimina la necesidad de maestros en la iglesia, todo lo contrario, confirma su necesidad. Pablo escribe que uno de los oficios ministeriales que Dios estableció fue el de maestro, y que él escogió individuos para desempeñar tal función (1 Corintios 12.28). Santiago advierte que no todos deberían ansiar asumir tal oficio: “Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación” (Santiago 3.1). En otro lugar Pablo escribe: “Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener...” (Romanos 12.3).

Aquellos escogidos por Dios para ser ministros de la doctrina son capaces de interpretar los pasajes más difíciles de la Escritura, y pueden también extraer valiosos insights que pueden evitar otras dificultades desde los pasajes más simples también. Efesios 4.7-13 se refiere a tal oficio como uno de los dones de Cristo a su iglesia y, consecuentemente, los cristianos deben valorar y respetar a aquellos que están en ese ministerio.

Vivimos en una generación en la cual las personas desprecian la autoridad; ellas detestan oír lo que deben hacer o creer. La mayoría no respeta ni la autoridad bíblica, para no decir la autoridad eclesiástica. Ellas consideran sus opiniones tan buenas como las de los apóstoles, o, como mínimo, de los teólogos y pastores; su religión es democrática, no autoritativa. Más la Escritura ordena a los creyentes a obedecer a sus líderes: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (Hebreos 13.17). Todo creyente tiene el derecho de leer la Biblia por sí mismo, pero esto no debe traducirse en un desafío ilegítimo contra las sabias enseñanzas de los eruditos o contra la autoridad de los líderes de la iglesia.

LA SUFICIENCIA DE LA ESCRITURA

Muchos cristianos dicen afirmar la suficiencia de la Escritura, pero en su real pensamiento y práctica la niegan. La doctrina afirma que la Biblia contiene información suficiente para alguien, no solamente para encontrar la salvación en Cristo, sino para, subsecuentemente, recibir instrucción y dirección en todos los aspectos de su vida y sus pensamientos, sea por declaraciones explícitas de la Escritura, o por inferencias sacadas de ella directamente.

La Biblia contiene todo lo que es necesario para construir una verdadera y comprensiva cosmovisión cristiana que nos capacite para tener una verdadera visión de la realidad. La Escritura nos transmite, no solamente la voluntad de Dios en los aspectos generales de la fe y conducta cristiana, pero, al aplicar preceptos bíblicos, podemos también conocer su voluntad en nuestras decisiones específicas y personales. Todo lo que necesitamos saber como cristianos es encontrado en la Biblia, sea en el ámbito familiar, del trabajo o de la iglesia.

Pablo escribe que la Escritura no es solamente divina en su origen, sino que también lo es en su objetivo:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3.16-17).

La implicación necesaria es que los medios de instrucción extra bíblicos, tales como visiones y profecías, son innecesarias, aunque Dios pueda aún proveerlos, cuando fuera de su agrado.

Los problemas ocurren cuando los cristianos sustentan una posición que equivale a negar la suficiencia de la Escritura en entregar instrucción y dirección comprensivas. Algunos se quejan que en la Biblia falta información específica que alguien necesita para tomar decisiones personales; en tanto, a la luz de las palabras de Pablo, se debe entender que la falta reside en esos individuos, y no en el hecho de que la Biblia sea insuficiente.

Aquellos que niegan la suficiencia de la Escritura carecen de la información que necesitan, por causa de su inmadurez espiritual y su negligencia. La Biblia es de veras suficiente para dirigirlos, pero son negligentes en el estudio de ella. Algunos también exhiben fuerte rebelión e impiedad. Aunque la Biblia se dirija a sus situaciones, se niegan a someterse a sus mandamientos e instrucciones. Ellos rechazan aceptar el método de recibir dirección de la Escritura pero exigen que Dios los dirija a través de visiones, sueños y profecías, cuando Él les dio todo lo que necesitan a través de la Biblia.

Cuando Dios no atiende sus demandas ilegítimas de dirección extra bíblica, algunos incluso deciden buscarla a través de métodos prohibidos tales como astrología, adivinación y otras prácticas ocultas. La rebelión de ellos es tal que, si Dios no provee la información deseada en los moldes prescritos por ellos, se obstinan a obtenerla del diablo.

El conocimiento de la voluntad de Dios no viene de la orientación extra bíblica sino de una comprensión intelectual y de la aplicación de la Escritura. El apóstol Pablo escribe:

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2).

La teología cristiana debe afirmar, sin reservas, la suficiencia de la Escritura como una fuente completa de información, instrucción y dirección. La Biblia contiene toda la voluntad divina, incluyendo la información que alguien necesite para su salvación, desarrollo espiritual y dirección personal. Ella contiene información suficiente, de forma que, si alguien la obedece completamente, estará cumpliendo la voluntad de Dios en cada detalle de su vida. Pero siempre que él comete pecado es porque falla en obedecerla completamente. Aunque nuestra obediencia nunca alcance perfección en esta vida, eso no significa que en la Biblia no exista toda la información que necesitamos para vivir una vida cristiana perfecta.



Traducido por Marcelo Sánchez Ávila
Para <http://reformadoreformandome.wordpress.com>